

cación ha regido la respuesta a esta cuestión por confundir los dos planos antes mencionados. Afortunadamente obras como ésta, como la obra historiográfica que se ha hecho en España y la que se está haciendo en Latinoamérica, ponen un poco más difícil la tradicional respuesta a la pregunta anterior.

Afortunadamente ya no es tan fácil responder negativamente a lo que nuestros países han hecho en el campo filosófico. Es más, la convicción acerca de la universalidad del pensamiento es ahora cuando se va tornando más compleja y crucial. Es ahora cuando la vieja pregunta acerca de lo Uno y lo Múltiple, formulada también por otro profesor portugués, Francisco da Gama Caeiro, en el marco de una sesión del Seminario de la Filosofía Española e Iberoamericana celebrado en Salamanca, se enriquece hoy con muchas otras preguntas. Casi todas tienen que ver con la base cultural a la que toda filosofía se remite en última instancia y que cuestionan una cierta noción estrecha de sistema que apostaba por el exclusivismo frente a un marco muy rico de creaciones del espíritu humano.

Pues es en este sentido en el que no estamos hablando de cualesquiera países en la construcción del mundo occidental para que puedan ser despachados como lo han sido en el campo filosófico. La obra que ha dirigido Pedro Calafate prueba bien a las claras varias cosas: que

Portugal ha sido una cultura superadora de fronteras, de diáspora, de peregrinaje y de exilios; una cultura que contacta en un extremo con esas culturas que llamamos indígenas y en el otro con las que calificamos de evolucionadas, hasta conseguir una integración superadora. El propio autor tiene interés en subrayar este objetivo: «Nos referimos a una inusitada capacidad de integración superadora, que ha dado expresión histórica a la propia génesis de la Península Ibérica, que siendo espacio de cruce entre varias razas, fue también de notable integración cultural, pese a las conocidas fases de intolerancia política y de exclusivismo intelectual» hasta conseguir caracterizarse «por una constante fusión y superación de influencias y, por tanto, no se puede afirmar que sea una cultura cerrada, sino abierta y de progresiva asimilación de elementos diferentes».

El conjunto de la obra ha conseguido resolver muy bien los problemas metodológicos que tal propósito conlleva mostrando la génesis de los problemas y su, a veces, prolongada trayectoria temporal como, por ejemplo cuando establece relaciones entre las discusiones medievales y los metafísicos heterodoxos del siglo XIX acerca del esfuerzo individual de su propia salvación, o cuestiones etnográficas muy pronto suscitadas o problemas que tienen que ver con el lenguaje filosófico y

que afectan a las relaciones con otros géneros.

Muchos aspectos concretos de los volúmenes ya aparecidos podrían comentarse incluso para subrayar las influencias compartidas y planteamientos similares ante los mismos problemas. Lo referente a la influencia árabe y su integración en el sur de Portugal; la fuerte presencia de los franciscanos y su optimismo antropológico como base de reformas religiosas; la obra de Pedro Hispano por tantas cosas interesante también para los españoles; el desarrollo de la lengua portuguesa como vehículo de pensamiento o aspectos de la filosofía política ya a finales del siglo XV, constituyen un panorama riguroso, nada arqueológico del medioevo portugués, que se lee con enorme interés.

El pensamiento del siglo XX está desarrollado a lo largo de dos tomos y seis partes. Ha tenido mucho cuidado el profesor Calafate en trazar el itinerario de la modernización del pensamiento portugués con los nombres de referencia. El primero de los tomos está reservado para dos cuestiones: la primera se dedica a las vías de superación del positivismo a partir del período republicano con referencia especial al magisterio de Leonardo José Coimbra (1883-1936), trágicamente fallecido en un accidente de aviación, autor de una

abundante obra dotada de un fuerte espiritualismo en la que no falta el diálogo intenso con filósofos de la ciencia ingleses y franceses y con el pensamiento de compatriotas como Antero de Quental; y a Pessoa «filósofo do 'outro'» sobre el que plantea una de las cuestiones siempre traídas acerca de la filosofía de los poetas: «Pessoa é um filósofo precisamente porque jamais forjou um 'sistema', mais propriamente, porque desmacarou a genética, a intrínseca falsidade de todo e qualquer 'sistema filosófico', ao invés, quem procura a verdade em tais embustes, esse é que, de facto, nao e um filósofo, um verdadeiro filósofo... *Na a poria, o apeiron, a apariçao!* Eis porque, de facto, *todo o 'sistema filosófico' e, por natureza, falso:* porque toda a 'síntese' é já, em si mesma, un atrofiamiento, uma ocultação de verdade».

La segunda parte se reserva a la reflexión filosófica sobre la existencia donde sobresale Virgilio Ferreira sobre cuyas analogías y diferencias con nuestra Zambrano se están haciendo estudios.

El tomo segundo estudia, en exclusiva, el pensamiento social y la filosofía de la ciencia. Sobre esta especialidad filosófica en concreto, el propio director nos hace constar que constituye el primer estudio de conjunto, lo que ha obligado a sus autores a una búsqueda de textos dispersos. El panorama resultan-

te en este terreno muestra cómo no ha surgido este pensamiento de una manera sistemática sino al hilo de planteamientos ocasionales que han ido suscitando el interés de los autores.

El profesor Calafate da cuenta de que ha preferido no incluir un análisis historiográfico de la historia del pensamiento portugués pero no olvida citar los nombres más importantes de quienes se siente heredero y de dejar constancia que «a historia da filosofía é um problema da filosofia».

En definitiva, estamos ante una obra de gran valor, organizada con claridad en torno a las cuestiones o problemas que han centrado los intereses filosóficos cediendo el protagonismo a los nombres que realmente lo han merecido pero evitando cualquier tentación acumulativa; que es una obra de investigación sobre fuentes originales y no de segundas lecturas. Y, finalmente, que se trata un trabajo profundo y extenso, fruto de la mejor colaboración entre una gran dirección individual y el trabajo de especialistas en los distintos campos o autores y que esta virtud, con seguridad, es parte de lo mejor de la propia tradición filosófica portuguesa. Tendremos ocasión de corroborarlo a lo largo del presente año con la aparición de los volúmenes restantes.

José Luis Mora

Un hombre suave, Álvaro Salvador, Madrid, Akal, 2000.

En el prólogo a la antología poética de Álvaro Salvador, *Suena una música*, Ángel González afirma que «escribir poesía es la forma más compleja de pensar la vida». De los libros de poemas que ha publicado Álvaro Salvador desde comienzos de los setenta —*La mala crianza*, *Las cortezas del fruto*, *El agua de noviembre...*— quiero destacar ahora dos títulos: *La condición del personaje* y *El impostor*. Si la poesía más reciente de Álvaro se centra en el sentido de las representaciones, en el juego de espejos y máscaras que hace más sutil la reflexión moral sobre la experiencia, su primera novela, *Un hombre suave*, atiende no sólo a la condición, sino especialmente a la *construcción* de unos personajes situados en un tiempo y un espacio concretos: un ejercicio en el que la memoria y la invención actúan como elementos inseparables.

Un hombre suave es, por decirlo al modo de Dickens, la historia en dos ciudades. Dos ciudades que no se nombran, quizá porque no es necesario: resultan perfectamente reconocibles. Entre Granada y Málaga transcurre un argumento que escoge la fórmula del *thriller* con avances y retrocesos en el tiempo, desde finales de los sesenta a mediados de los ochenta. En unas declaraciones recientes, el autor

hace este balance: «La novela tiene un punto de intriga a partir del cual se va decantando hacia diferentes géneros. Me interesaba sobre todo ejercitar los recursos narrativos... Creo, ante todo, que es una novela sentimental». Nos encontramos, efectivamente, ante el relato de una educación sentimental ligada a la rebeldía, a la lucha «que librábamos diariamente contra padres y mayores, imbuidos en la magia de un culto a la juventud y a la novedad que se expresaba igualmente en la política, en el *rock and roll* y en el amor libre o el consumo de drogas» (pp. 66-67). Escenario de esa lucha y trasfondo constante, Granada aparece siempre como el lugar de los fantasmas familiares, de los sueños más o menos irrealizables, de los amigos desaparecidos; entre la muerte de Pablo del Águila (1968) y la de Javier Egea (1999), dos poetas que figuran como personajes de la novela, pasan más de treinta años, y sin embargo no varían demasiado ni la relación problemática con el entorno ni la tendencia de ambos a la autodestrucción. De Pablo del Águila me hablaron algunos amigos, Álvaro entre ellos. No le conocí, pero su único libro publicado me impresionó muchísimo en los setenta, cuando yo empezaba a escribir poemas. A principio de ese libro había una cita muy reveladora de Carlos Fuentes: «Continuaré siendo una persona imposible mientras las personas que hoy son posi-

bles sigan siendo posibles». En los mejores poemas de Pablo del Águila se nos presenta una voz trágica, cargada de lucidez y de inconformismo, que siempre apuesta por la dignidad, como lo hizo también, aunque de otra forma, Javier Egea. Para mí, se trata de una historia mucho más próxima, y lo que en principio pudo ser un gesto de complicidad, a través del personaje de Antonio Vargas, se ha convertido en homenaje póstumo.

Son algunas de las voces que hablan en esta novela, *Un hombre suave*, que tiene mucho de reconstrucción de la memoria generacional, pero a la vez, como decíamos, de intriga policíaca en la línea de la novela negra (Chandler, Hammet) e incluso de relato erótico. Este último aspecto nos lleva a la escritura poética de Álvaro Salvador, desde *La mala crianza* y *Las cortezas del fruto* a los libros más recientes. Por ejemplo, en *El agua de noviembre* leemos estos versos:

Un cuerpo es una vida
o un instante.
Tal vez toda una vida
donde buscas
el secreto misterio de tu suerte.

«Descripción de un cuerpo» se titula este poema, y no sólo descripciones –muy sugerentes, por cierto– hallamos en *Un hombre suave*. La